



“Historia Diplomática de Chile” de Mario Barros Van Buren

Por ENRIQUE GAIARDO VILLARUEL

Se presenta una buena dosis de curiosas incidentes para recorrer una historia diplomática de nuestro país que abarca un período tan grande tiempo que va desde el desembarco de Chile en 1815 hasta 1898, o sea en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Se necesita, además, un gran conocimiento de acontecimientos y vastas consideraciones de lo que ha sido la política internacional chilena y de los que la han servido dentro y fuera del país.

La circunstancia de pertenecer a nuestro Servicio Exterior ha facilitado la ardua tarea del autor que ha podido consultar archivos y documentos y apreciarlos en su verdadero alcance y significado y recabar el testimonio de los más fieles autores e testigos de acontecimientos importantes.

Como lo dice en el Prólogo el ilustre historiador Don Jaime Eyzaguirre, prematuramente desaparecido, “pese Mario Barros un magno poder de consultar con lucro de los muchos libros y otros tipos que hablan, se agotan, polemizan, tratan o fraccionan”.

Agrega el prelogista que resulta difícil acoger siempre como definitivas afirmaciones hechas del autor “que crean sin dudas apreciaciones definitivas sobre avances que han llevado a caerse, lo que sería hacer en las páginas de este Historia el francotirador y la invención recogida. Es un terreno que se desborda con pasión, pero con pasión de amor, juntas entrelazadas por el odio y la bajeza”.

El libro, que consta de 281 páginas, está elegantemente impreso por “Ediciones Aral” de Barcelona, con muy bono papel y magníficas ilustraciones y mapas, estos últimos autorizados por la Dirección de Fronteras y Límites del Estado.

Chile es considerado, con fundamento, como un país de historiadores, posee escasas culturas de esta rama en las ciencias históricas. Don Ricardo Montt Ballesteros es, tal vez, el más conocido con su “Historia Diplomática de la Independencia de Chile”. A su lado se pueden citar numerosas monografías de distinguidos autores chilenos que tratan diversos temas en política e historia diplomática.

Quiso si la explotación está en el número y cantidad de los que han abordado diversos temas o rama de la historia diplomática chilena. Si hablado con que estos autores se prestan para ser tratados individualmente y, sobre todo, la relevancia de que nuestros principales historiadores, tales como Barros Arana, Blasco Seoane Valdés, Gonzalo Holles y Echaz, han escrito sobre la historia diplomática de Chile al hacer el rétulo de la acreditación en las otras ramas de la actividad nacional.

La lista de autores es larguísima y el propio Mario Barros se da en su nota bibliográfica.

Entiendo citar a algunos de ellos, ya sea parciales: Alejandro Álvarez, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Luis Barros Eyzaguirre, Adela Belli, Gonzalo Holles, Adolfo Gómez, Víctor Gómez Tocornal, Alberto Gómez Chacón, Andrés Edwards Mac Clure, Joaquín Edwards Bella, Francisco Araya Echaz, Jaime Eyzaguirre, Guillermo Gómez, Carlos Díaz, Gavarrón Galdámez, José Tomás Medina, José Vicente Latorre, Federico Puga Barre, Miguel Luis Rojas.

Entiendo algunos, entre muchos otros chilenos que han escrito libros de historia diplomática chilena, pero seguramente el más breve es una historia diplomática general de Chile hasta tiempos más o menos modernos.

Entiendo, a mi juicio, el principal mérito de la obra que comentamos, “que se sollece de variados, donde contrastan creencias, donde se estudió, los juicios que se realizan, y la orientación de los autores sobre algunas cuestiones. Lo mismo que la mayor o menor importancia que dan a ciertos hechos y personajes, pero en su totalidad, incluyendo, como es natural, lo documentado y general de lo que ha sido hasta las vísperas de la segunda guerra mundial la diplomática chilena”.

La primera cosa que se sorprende con estas circunstancias y esto más ancora que su autor sea todo. Muy tarde podrá completarse el relato hasta llegar a nuestros días, cometerse errores y vacíos,

correr algunos jolgorios, agregar vicios que faltan para la obra ya está iniciada y en términos altamente deseables.

Comienza la obra del autor Mario Barros con un análisis de lo que fue la monarquía universal de España, explicando cómo nació Chile colonial, cómo se llevó a cabo su primer deslumbramiento internacional, así como la presencia política de Chile en el seno del Imperio colonial español.

Analiza, resumida, los elementos constitutivos del Estado chileno: su población, el territorio, el régimen institucional y observa que “los elementos constitutivos de nuestro Estado son, sin duda, los que menos han variado en la América Española”. “Nuestra unidad racial con el Continente continúa y termina en los ingredientes primarios: el español y el indio”.

Señala el autor que desde un punto de vista internacional, dos son las causas de la independencia americana: la emancipación de Estados Unidos y la Revolución de España por Napoleón en 1808. “Pensar – dice – que el inicio de este fenómeno fue el año de libertad y la de los principios democráticos de la Revolución Francesa es trastocar los hechos. Consta lo que creyeron los escritores hispanoamericanos del siglo pasado, el crálico de 1808 se sentía perfectamente libre y, los principios de la Revolución Francesa eran conocidos por muy pocas personas y a ninguna se lo habían ocurrido aplicarlos a la política local”.

Agrega que los primeros movimientos emancipadores nacieron, más bien, el carácter de guerras civiles entre criollos que luchan por la independencia en ambos bandos: uno con criollos y españoles; era una revolución de tipo liberal.

Sin citar mención a la tesis de Mario Barros es evidente que el movimiento de independencia, iniciado casi al mismo tiempo en muchas ciudades, no sólo obedeció causas políticas sino, también, a consideraciones económicas y a rivalidades de clases sociales. Ilustra de este análisis de las causas de la Independencia americana entre el norte a través de la Independencia de Chile y del Gobierno de O'Higgins.

Hace un breve estudio de los orígenes de una nueva vida diplomática, recordando que el “Legislamento para el arreglo de la autoridad ejercitada por la parte de Chile”, de 11 de agosto de 1811, estableció el ejercicio de las relaciones diplomáticas al Congreso, como campo. Le sigue, en consecuencia, resolver la ayuda militar a la Junta de Buenos Aires, la parcial de retiro de Simón Bolívar, enviado argentino, la recepción de su remoción, Don Bernardo Vera y Pintado y el nombramiento del primer embajador chileno en el exterior, Don Francisco Antonio Pinto. Anula el acto Barros que el Congreso no designó a nadie en particular para ocupar de las relaciones internacionales que entonces se cubría con el nombre de “correspondencia con el exterior”. Los asuntos exteriores los llevó, en el fondo, el Secretario de la Presidencia, Don José Mañó. Intervino, obviamente, por cierto, los asuntos estacionales. Pero el 27 de octubre de 1812, aprobado en el nuevo Reglamento Constitucional, el Ejecutivo creó dos Secretarías permanentes: la de Gobierno y la de Relaciones Exteriores. El primer funcionario que ocupó este último cargo fue Don Rafael de Salas y Covarrubias. El 17 de marzo de 1814 se reorganizó el Gobierno y se crearon tres Secretarías de Estado: Exterior, Hacienda y Guerra. El Departamento de Asuntos Exteriores quedó anexado al Ministerio del Exterior, y tal permaneció hasta 1851 fecha en que se creó el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Agrega el autor Barros que “en forma verificada” y sin una labor notable se sucedieron en el cargo durante la Patria Vieja “los señores José Tomás Martínez, Juan José de Scherer, Bernardo Vera y Manuel Rodríguez. Este último no adhirió a suceder el cargo pues se precipitó los acontecimientos militares de Rancagua. De hecho, los señores Bernardo Vera y Juan Scherer ocuparon lo que llevó a su cargo los asuntos exteriores del país. A él tocó la penosa tarea de quemar toda la correspondencia chilena con el extranjero a raíz de la derrota del Ejército patriota. Viajaron los tristes en remojo hasta Mendoza, y allí llevó la dolorosa misión de codificar como encargado de



Sala Roja de la Cancillería.

los asuntos exteriores de Chile y como a título general en Ejército de los Andes”.

Seña demasiado larga seguir en un análisis detallado de la magnífica obra de Mario Barros. Ilustra lo que presenta que el resto de lo que ha sido la política internacional chilena: la lleva a cabo en cada Administración o período presidencial, comenzando con el Gobierno de O'Higgins, siguiendo luego, con el período de la anarquía y con la Administración Pérez en que sigue el carácter de nuestra política internacional.

Hace un breve retrato de la figura de Pérez, de su pensamiento político tanto en el orden interno como en el internacional. Asiste, naturalmente, a la llegada al país de Don Andrés Bello y a su decisiva influencia en la política exterior chilena y expone detalladamente las causas y los resultados de la guerra contra a Confederación Perú Bolivia.

Según el autor, las ideas de Pérez sobre la que debía ser la política internacional chilena, no pueden permanecer así.

“... Chile debe ocupar entre las Naciones de América su lugar recto, sin tener más aspiraciones expansionistas”.

“... Su lugar en el continente hispanoamericano debe considerar un ejemplo moral y una presencia cultural, como política, Juntar Chile debe imponer su sistema, su Gobierno a otras naciones”.

“... Chile debe entretejerse en los problemas políticos internos de otras naciones, aunque sea la Europa. Debe plantar su política dentro de su frontera y tenerlo invadido tan sólo el perejil de Chile”.

“... La gran vocación internacional de Chile es y debe ser el mar. Chile, con su sistema naval de costa por costa, no puede dejar de ejercerlo, es un país marino y debe ejercer todo su poder exterior a un costado comercial del Océano Pacífico. Para ello son vitales una gran marina mercante y una poderosa marina de guerra”.

“... Chile debe trazar a sus costas una doble marjada de sangre salvaje, pero sin que sea de dura la una ni suave la otra, y que el salvaje prenda mejores derechos que el céder”.

“... Chile no debe mendigar hasta tanto de una nación salvaje ni temer que ésta haga lo mismo”.

“... Para trazar de igual a igual con Europa, América debe ser grande y fuerte. Para ello es necesario poseer en sus países robustos, sencillos e independientes económicamente del viejo mundo y de los Estados Unidos. La gran industria, según Pérez, consiste en la unidad económica continental que asume el poder de consumo y favorece las producciones de cada país”.

Mario Barros dice que el pensamiento internacional de Pérez puede resumirse en cuatro actividades básicas: políticamente nacionalista, económicamente integracionista, militarmente defensiva y análogamente expansionista.

Y luego el autor termina con convicciones “preservadas por la política interior. Pérez no habría podido dejar adiante sus principios sin la ayuda de su hermano noble, que llevó su talento y su cultura al servicio del Gobierno. Este hombre fue Don Andrés Bello”.

Y así sigue, Mario Barros, su cuento y uno sincero relato hasta 1848 de nuestra política internacional.

Se necesita una extensa impresión de un período para entender, como se muestra más abajo que a su autor y quien se ocupa de describir un gran marco para los que abren un gran cuadro de nuestra política exterior chilena.

“... Historia Diplomática de Chile” es un libro que debe ser leído y meditado por los chilenos porque nos habla de un pasado que ha sido glorioso y nos da una medida apropiada de lo que debe ser nuestro futuro destino.

"Historia diplomática de Chile" de Mario Barros Van Buren

[artículo] Enrique Gajardo Villarroel.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gajardo Villarroel, Enrique, 1899-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Historia diplomática de Chile" de Mario Barros Van Buren [artículo] Enrique Gajardo Villarroel.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)